

los mejor dotados de visitadoras, centros de higiene infantil y hospitales maternales, lo que confirma las tesis de Loudon sobre los efectos deletéreos de la presencia de médicos generales en los partos a domicilio, frente a los partos asistidos por matrona y a los que se realizaban en medio hospitalario, por la falta de familiaridad de aquellos con las técnicas de esterilización y asepsia. Respecto a la relación de la población con los servicios asistenciales, la autora muestra que existieron distintas corrientes ciudadanas, fundamentalmente la presencia pública feminista y la existencia de asociacionismo de tipo sindical, que coincidieron en la modificación de una relación que empezó como paternalista (centrada en la educación de las madres) para pasar, bien que como tendencia no universal, a ser de cooperación a lo largo de los años 20. Este cambio se registra en consonancia con la extensión de campañas por la participación ciudadana en los asuntos públicos, en general.

El epílogo de esta obra, como ya he indicado, comenta la situación presente y resalta la paradoja de que los cambios en la organización del *National Health Service* han supuesto una pérdida de responsabilidad de sus gestores frente a las comunidades a las que atienden, lo cual no sólo produce un alejamiento de la población de los centros de decisión, sino que oscurece y dificulta hasta extremos inimaginables la posibilidad de encontrar datos locales como los empleados en el libro de antes de la Segunda guerra mundial. Para los que creíamos que la opacidad gerencial española era deudora de los usos de la administración franquista, donde, como es sabido, los administradores de la cosa pública sólo rendían cuentas ante sus superiores, en pirámide, hasta llegar al jefe supremo, quien sólo respondería de sus actos ante Dios, he aquí una advertencia a tener en cuenta sobre cómo la tecnocracia asume modos antidemocráticos.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

Harry M. MARKS. *The Progress of Experiment. Science and Therapeutic Reform in the United States, 1900-1990*, Cambridge, Cambridge University Press [Cambridge History of Medicine series], 1997, 258 pp. ISBN 0-521-58142-7.

Este libro aborda un asunto que, si bien se plantea como exclusivamente norteamericano, tiene una indudable actualidad internacional: el problema de la ciencia en la medicina. De manera empírica, en el contexto académico y profesional de los Estados Unidos de América durante el siglo 20, el autor,

profesor de Historia de la Medicina en la Universidad Johns Hopkins (Baltimore), y con amplio currículo formativo en historia y sociología de la ciencia, examina las complejas relaciones que existen entre las vertientes investigadora y práctica del ejercicio médico al hilo del acto terapéutico. Se plantea dos objetivos explícitos, en primer lugar, explorar los cambios que sufre, a lo largo del siglo, la norma científica terapéutica en el sentir de quienes pretenden establecerla en el seno de la profesión médica (el grupo de «reformadores terapéuticos» que el autor identifica como una «comunidad política»). Un segundo objetivo es la historia intelectual y social de algunos de los principales experimentos terapéuticos del siglo, desde el proyecto coordinado de estudio de los arsenicales para la sífilis, entre 1928 y 1939, la investigación comparada entre dos sueros antineumónicos, los propuestos por Cole y Felton, respectivamente, llevada a cabo por las mismas fechas bajo los auspicios del *Commonwealth Fund*, el ensayo de nuevos medicamentos contra enfermedades de transmisión sexual realizado en poblaciones reclusas (1942-1944), las pruebas con la recién aparecida penicilina (1941-45) y otros antibióticos, en particular el triunfo del modelo de ensayo clínico aleatorio a partir de los estudios de posguerra sobre estreptomycin, o el proyecto universitario de estudio en grupo sobre antidiabéticos orales, entre 1959 y 1975. Estos estudios de casos, con amplia base archivística y bibliográfica, nos relacionan de forma inmediata con aspectos éticos y su cambiante contenido normativo a lo largo del tiempo.

El autor se esfuerza por ir dejando claro tanto sus puntos de partida como sus conclusiones, o sus dudas, en torno a cada uno de los aspectos estudiados, que dispone cronológicamente en ocho capítulos, una introducción general, una nota sobre fuentes y un detallado índice analítico, con la bibliografía en notas a pie de página. Se vale para ello de un estilo muy descriptivo y repetitivo, que abre cada capítulo con una presentación y engarza cada apartado con su explícita hilazón con el precedente. El último capítulo realiza una nueva síntesis, a la vez que explora el aspecto más contemporáneo del problema, al contemplar la introducción del activismo de los consumidores en la política terapéutica, por ejemplo al hilo del peso que las recomendaciones de los comités ciudadanos antisida ha alcanzado en el diseño de los controles sobre el empleo experimental de nuevos fármacos específicos.

Creo que argumenta con éxito. En primer lugar, queda claro que a lo largo del siglo veinte se ha buscado someter las prácticas terapéuticas al gobierno de la ciencia, apartándolas, en la medida de lo posible, de las influencias nefastas del mercado o las modas clínicas. No ha sido una obra impersonal, sino que revistió ropajes institucionales desde el mismo seno de la corporación médica (caso del Comité de Farmacia y Química creado por la *American Medical*

*Association* en 1905), o de la más reciente Oficina estatal para la alimentación, medicamentos y cosmética (FDA) dispuesta a partir de 1938. El autor revela la existencia de una polimorfa alianza entre químicos, farmacólogos, catedráticos de clínica, estadísticos, funcionarios y directores de revistas (una capa elitista), a los que denomina reformadores terapéuticos, que actúa como una auténtica comunidad política. Lo que da unidad al grupo es el compartir dos presunciones, a saber: que la ciencia es el terreno común que une a investigadores y médicos prácticos por encima de todas sus diferencias manifiestas, en particular las respectivas culturas profesionales, tan distintas; y que el mejor conocimiento de los efectos y usos de los fármacos conducirá a su mejor empleo terapéutico.

Así pues, este grupo de reformadores terapéuticos ha buscado convencer al conjunto de la profesión médica acerca de la importancia del modelo científico en terapéutica. Pero, y este es otro de los puntos calientes de la exposición, los contenidos de dicho modelo no se han mantenido uniformes a lo largo del siglo; por el contrario, se distinguen dos grandes etapas, que sumariamente podemos identificar como la del dominio del laboratorio y la del dominio de la estadística. Durante la primera mitad del siglo, los reformadores se esforzaron por conseguir una voz institucional para la ciencia, pues su concepto de excelencia científica dependía de la integridad y saber hacer de investigadores individuales. La buena práctica médica consistía en aplicar en la clínica lo obtenido en el laboratorio. A partir de 1950 cambiaron de estrategia, porque cambiaron de modelo, y buscaron la incorporación al quehacer clínico de estándares metodológicos, normas impersonales de objetividad, los mismos que se usaban en la experimentación analítica. Tal fue el momento del ensayo clínico a doble ciego y del ascenso de la estadística.

El drama radica en la insuficiencia de los argumentos de autoridad para sustentar una conducta irreprochable y segura al cien por cien. En efecto, ¿qué ocurre cuándo «la gente razonable no se pone de acuerdo»? «¿cómo determinamos entonces lo que es irrazonable?» (p. 233). Y no es sorpresa que en todos los casos estudiados, la polémica haya sido protagonista. El problema de las fuentes de autoridad, la relación entre expertos, legisladores y prácticos, las consecuencias éticas de las distintas opciones, son todas ellas cuestiones planteadas en este libro. Y una que queda subrayada con frecuencia es la distancia cultural entre las prácticas profesionales de los médicos de a pie de los de la elite científica y académica. Como advertíamos, si bien se plantea desde una exclusiva perspectiva local, donde los reformadores se ven influidos sobre todo por la tradición intelectual y las circunstancias concretas del mundo de la medicina académica estadounidense, no por ello dejan de ser preguntas

extrapolables al conjunto de las sociedades industrializadas, donde el modelo médico hegemónico es similar.

Advertir que los significados de lo que se entiende por experimento «controlado» o «aleatorio» cambian a lo largo del tiempo es una contribución pragmática de la historia, que contribuye de este modo a esclarecer críticamente los problemas del presente. Lo es también en la medida en que relaciona dichos cambios con los medios materiales —contexto inmediato— puestos a disposición de los investigadores. Desde una perspectiva política, esta historia nos ayuda a entender los límites de las «políticas de la objetividad» que buscan «sustituir las decisiones públicas por reglas fundadas en las leyes impersonales de la naturaleza y de los números». No parece que el currículo científico sea lo suficientemente claro ni preciso para que ignoremos la componente tautológica de sus reclamaciones de autoridad. Y aunque no lo plantea explícitamente este libro, es imposible no extrapolar sus consecuencias a los asuntos de la ingeniería genética y componentes asociados, ese espectro del *Mundo feliz* que no deja de espantarnos con su pesadilla totalitaria. Para obviar interpretaciones he de subrayar que el antídoto que el autor plantea no es sino el de «más ciencia para más personas», por tanto aumentar el rango de opiniones en torno a las cuestiones estadísticas y metodológicas centrales que eviten un monopolio interpretativo. Como no olvida señalar, no sólo la historia es crítica, también lo es la estadística.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA